

Sesión necrológica

en memoria del Ilmo. Sr. Dr.

D. Enrique Amat Aguirre

celebrada el 21 de Octubre de 2008

*José Luis Moreno Frigols**

Académico de Número de la R. Acad. Med. Comunitat Valenciana

Excelentísimo Sr. Presidente:

Excelentísimos e Ilustrísimos Señores Académicos y Señoras Académicas:

Queridos Conchita, Carlota, Quique, Marta y Alejandro:

Hijos políticos, nietos, familiares y amigos de Enrique:

Señoras y Señores:

Hace ya años, con motivo de una sesión necrológica de la Academia, Enrique me dijo: “La mía la haces tú”. Tomándomelo a broma, le contesté: “Mira, si yo fuera una persona muy dada a las fórmulas de cortesía, te diría: Si, Enrique, con mucho gusto”, lo cual hubiera sido perfectamente inadecuado por muy cortés que resultara. Quizá no sea muy ortodoxo comenzar una semblanza fúnebre contando una anécdota de estas características. Sin embargo, estoy convencido de que en el Cielo, ese Cielo en el que siempre creyó, él la recuerda. Hoy, con la autorización de la Academia, cumplo aquel encargo, con el dolor que supone la pérdida del amigo querido, y el temor de no estar a la altura de lo que Enrique merece. Diré en seguida que me lo ha puesto fácil: Guardo todas sus cartas y escritos, a ellos me referiré, los tomaré como fuentes y reproduciré párrafos enteros. Con ello me aseguro de que esta alocución será de gran valor literario, al menos en parte: naturalmente, la parte escrita por él.

Enrique Amat Aguirre nació en Valencia el 1 de Octubre de 1927. Estudió el Bachillerato en el Colegio de San José, de los Padres Jesuitas, dando desde muy pronto muestras inequívocas de su viva inteligencia y acusada personalidad.

Después de haber sido innumerables veces “Príncipe”, “Emperador” y otros títulos con que los jesuitas de entonces distinguían a sus alumnos, finalizó el Bachillerato, habiendo tenido por compañeros a personas tan destacadas y variopintas como el cardenal Carles, Fernando Vizcaíno Casas y Joaquín Prat.

1) El universitario. Puesto en la coyuntura de elegir una profesión, siguió la inclinación marcada por la figura paterna: su padre había sido médico militar, y Enrique estudió la carrera en la Facultad de Guillén de Castro, tan recordada por los que pasaron por sus aulas, cambiando las pomposas calificaciones jesuíticas por las Matrículas de Honor. De sus años de estudiante es la anécdota que él mismo refirió (1) en su intervención para la necrológica del Profesor Barcia Goyanes y que transcribo literalmente:

Eran las 8 de una mañana nubosa de Noviembre de 1945. Lugar, la sala de disección del viejo y añorado caserón de la calle de Guillén de Castro. A sus 18 años recién cumplidos, comenzaba quien os habla el segundo curso de la Licenciatura de Medicina. Entrada tumultuosa de los alumnos, como aquella tan magistralmente descrita en el primer capítulo de “Cuerpos y almas”. Sobre una mesa, el cadáver de un hombre, desnudo. La cabeza vendada y un papel sobre el pecho en el que se leía: “Santa Balbina”, nombre de la sala

hospitalaria del Servicio de Neurología y Neurocirugía. Me dirigí a mis compañeros en tanto señalaba el cuerpo. “¡Mirad! Otro que se ha cargado Barcia”. Mis condiscípulos no rieron. Con cara de perplejidad y susto, boquiabiertos, miraban a mi espalda. Una mano se posó en mi hombro. Giré la cabeza. Vi a una figura esbelta, elegante, de estatura prócer, con una bata de inmaculada blancura; me miraban unos ojos penetrantes y, a la vez, preñados de ternura. Escuché una voz tenue y dulce que procedía de unos labios sonrientes: “Efectivamente. Otro que se ha cargado Barcia. ¡Adiós, amigo!” Y el profesor Barcia Goyanes siguió su marcha hacia el anfiteatro anatómico. Quedé anonadado. ¡Así me conoció don Juan! Cuarenta años más tarde, con motivo de un congreso organizado por su hijo y mi íntimo amigo, el profesor Demetrio Barcia, en la Manga del Mar Menor, coincidimos en una cena. Quise recordarle este hecho. No fue preciso. Para sorpresa mía lo recordaba él tan bien como yo.

En mi opinión personal, y así lo dejé escrito en mi discurso de entrada en la Academia, el vínculo universitario por excelencia es la relación maestro-discípulo. De la veneración de Enrique por sus maestros puede hablar lo que él mismo escribió en la misma intervención citada anteriormente, y en la que, refiriéndose de nuevo a Barcia (su maestro en la Neurología) dice:

Si eran formidables sus clases, sus sesiones clínicas, sus trabajos, sus aportaciones a reuniones científicas, sus conferencias, todo esto quedaba superado por la atención con que me escuchaba, la cercanía de su persona, los consejos que me daba y que nunca agradeceré bastante. No consideró suficiente formarme como médico sino que lo hizo, además, en tanto persona. Quien dijere que don Juan era frío, distante y poco afectivo, se engaña radicalmente.

2) El médico. Finalizados los estudios de Licenciatura, alcanzó el Grado de Licenciado en 1950 con la calificación de Sobresaliente, y comenzó inmediatamente los de Doctorado, al mismo tiempo que se iniciaba en la docencia como Profesor Ayudante de Clases Prácticas en la Cátedra de Medicina Legal y Toxicología.

Tras un breve período como médico militar, en 1954 obtuvo por Concurso Nacional de Méritos la plaza de Médico Interno de la Casa de Salud Valdecilla de Santander, adscrito al Servicio de Neuropsiquiatría, en donde permaneció hasta 1957. Fue este un periodo crucial en su vida, pues en esta época y en este lugar de trabajo conoció a una preciosa estudiante de enfermera de nombre Conchita, rubia, castellana vieja (naturalmente por procedencia, no por edad), de Medina del Campo. Aquello fue un amor a primera vista, y Enrique, desde el primer momento, puso en juego todas sus dotes de galantería con el decidido propósito de convertirla, primero en su novia y más tarde en su esposa, lo que llevó a cabo el 15 de Mayo de 1957.

En estos años aprendió también las técnicas de tinción tisular, en las que llegó a ser un experto. Mención especial merece su Tesis Doctoral, dirigida por el Prof. Aldama Trichuelo y titulada “Las leucoencefalitis experimentales. Lesiones producidas por el cianuro de potasio”, no solamente por la novedad que revestía el tema, sino por el hecho de haber sido la primera que se defendió en Valencia, ya que, hasta entonces, sólo la Universidad de Madrid otorgaba grados de Doctor.

De vuelta en Valencia, se estableció como Neuropsiquiatra con consulta privada que simultaneó con el desempeño de diversas actividades en el Hospital Provincial y en el Puerto de Sagunto hasta que en 1969 fue nombrado Médico Encargado de la Sección de Psiquiatría y Medicina Psicosomática de la Ciudad Sanitaria de la Seguridad Social La Fe, en donde ejerció hasta alcanzar la edad de jubilación.

De su concepto de sí mismo en cuanto médico nos ilustra la frase que tomo de su Discurso de Ingreso en la Academia (2):

He sido médico como pude haber sido cualquier otra cosa y no de otro modo se comprende mi afinamiento en la Psiquiatría, después de andar y desandar diversos caminos. Tengo para mí que la Psiquiatría es la más humanista y menos tecnificada de las especialidades médicas.

A quien, sin mengua o contradicción con lo que acabo de decir, se siente y quiere ser médico antes que psiquiatra; que pretende, sin conseguirlo del todo, ajustar su quehacer a la arcaica definición de médico: “Vir bonus medendi peritus”. En este orden, precisamente.

3) El psiquiatra. Describir adecuadamente las características de Enrique en este terreno es prácticamente imposible para mí por varias razones, una de las cuales es mi condición de “no médico”. Por tanto, trataré una vez más de apoyarme en sus escritos. De su otro venerado maestro, Román Alberca, es la frase que Enrique citó ante la Academia (3):

Como tantas otras disciplinas médicas, la Psiquiatría, luego de remontarse sobre la tierra madre de la Medicina Interna, vuelve a ella periódicamente para revivir, en sus entrañas, el mito de Anteo.

Abundando en el mismo concepto, Enrique escribió (4):

Lo que acabo de referir no es sino un regreso al más hondo diseño organicista. Si la Psiquiatría y Neurología nacieron juntas, procedentes ambas del tronco común de la Medicina Interna, hoy parece no sólo que vuelven a unirse sino que la Psiquiatría va a desvanecerse en el seno de la Neurología.

Su conocimiento de autores y escuelas era realmente apabullante. Sería prolijo e incluso tedioso para quienes me escuchan hacer una relación amplia de los autores que Amat cita en sus escritos. Sin embargo, como muestra, transcribo el siguiente párrafo:

Es por entonces cuando surge un movimiento psicopatológico que, a mi entender, ni ha sido estudiado a fondo ni se ha destacado toda su importancia. Me refiero al influjo de la Fenomenología de Husserl, la obra de Kiekegaard, Heidegger, Marcel y Merlau-Ponty ejercieron en la Psicopatología. Sólo puedo destacar, en apresurado bosquejo, la obra insuperada de Jaspers – su “Allgemeinpsychopathologie” apareció en Heidelberg en 1913 – inspiradora de las aportaciones de Von Gebsattel, Giessen, Strauss, Binswanger, Minkowsky, Zutt y Bräutigam, entre otros. En España, destacar la “Angustia Vital” de López Ibor, la obra “Dilthey, Jaspers y la comprensión del enfermo mental” del malogrado Martín Santos, el estudio acerca de la actividad delirante, a la luz del pensamiento de Ortega y Gasset, de Valenciano Gayá y la magistral exposición de un análisis existencial que lleva a cabo Obiols Vié, en su ensayo “El caso Julia”.

Su labor psiquiátrica quedó plasmada en numerosísimas publicaciones en revistas especializadas, ponencias y comunicaciones a congresos nacionales e internacionales. Perteneció asimismo a varias asociaciones profesionales, de algunas de las cuales fue fundador.

4) El profesor. Amat ejerció la docencia en nuestra Facultad de Medicina como Ayudante de Clases Prácticas adscrito primero a la Cátedra de Medicina Legal y Toxicología (1951-1958) y posteriormente a la de Psiquiatría, en donde fue Profesor Adjunto y Encargado de Curso (1958-1968). No tuve oportunidad de asistir a sus clases, por lo que acudo al testimonio de algunos queridos amigos y compañeros que fueron alumnos suyos:

La Dra. M^a Ángeles González Gudino (5) dice:

Como profesor era didáctico, que para mí es lo mejor que se puede decir de una persona dedicada a la docencia, pues implica la premisa de que “no sólo lo sabe, sino lo que es tan o más importante, lo sabe transmitir”.

Por su parte, el Dr. Alfonso Grau Alonso (6) añade:

Amable con el alumno, y al enseñarnos materia tan complicada se podía dejar entrever al hombre culto, verdadero humanista, de los que se dan pocos.

Y el Dr. Carmelo Romero de Ávila y Ávalos (7) manifiesta:

Es de destacar su humanidad, su acercamiento al alumno en una materia tan compleja como la Psiquiatría, brindándole siempre su apoyo para la comprensión y aprendizaje de la misma.

Como es lógico, Amat sintió la inclinación por la cátedra, a la que opusó en dos ocasiones. Siempre se ha dicho que las oposiciones a cátedra en los tiempos de los seis ejercicios, que muchos hemos sufrido, eran una de las mayores causas de enemistades irreconciliables en la España de entonces, sobre todo por las famosas “trincas”. Pues bien, he aquí el testimonio escrito de un coopositor de Enrique, el Dr. Cabaleiro Goás (8):

Amat es, para mí, un entrañable amigo y un querido y excelente compañero...por haber vivido ambas situaciones de nuestra vida profesional...este sentimiento se acrecienta por lo que significa el hecho de que venga a dictar un cursillo en este centro...por la brillantez con que expone siempre sus grandes conocimientos psiquiátricos...como por la forma clara, elegante...como en él es característico.

Refiriéndose a la primera oposición, dice:

He de decir, con toda sinceridad, que la exposición que hizo Amat de su “curriculum” me impresionó enormemente, por la forma en que la efectuó y también por lo que aquél encerraba de valioso. Pero, sobre todo...se me mostró una de sus mayores fibras humanas:...su modestia, su humildad...pero también su gran honradez.

Y, en cuanto a la segunda, añade:

El último zarpazo serio lo recibió en las oposiciones a cátedras de Psiquiatría celebradas en 1970...Su extraordinaria capacidad, su labor clínica e investigadora, sus completos conocimientos psiquiátricos y neurológicos...no ha sido justipreciada en absoluto, haciéndole víctima de injusticias reiteradas...Para poder mostrar tal actitud frente a no pocas adversidades injustas...ha contado con la ayuda muy eficaz, de un espíritu fuerte, que es el de esa extraordinaria mujer que tiene siempre a su lado, que es Conchita, su esposa...que, igualmente, es una colaboradora insustituible en esa tarea de conseguir esa fortaleza y esa serenidad.

Hasta aquí, lo expuesto por Cabaleiro. Por mi parte, debo añadir que el hecho de no haber alcanzado la cátedra supuso para Enrique una amargura que expresó en su discurso de ingreso en la Academia (2) cuando, al referirse a sí mismo, dijo “alguien que no fue lo que soñara”. Mi opinión personal (y de esto entiendo) es que la Universidad perdió a quien hubiera podido ser un gran CATEDRÁTICO. Así, con mayúsculas.

5) El académico. Fallecido el Dr. Jorge Sempere, y en su sustitución, Enrique fue nombrado Académico de Número de nuestra Academia, y leyó su discurso de ingreso el día 3 de Junio de 1980 en la antigua y añorada sede tan cargada de sabor y solera. Dicho discurso (2) llevaba por título “Cordura y Psiquiatría” y fue contestado por el Dr. Barcia Goyanes.

Puedo decir, con la seguridad que me da el saberlo de primera mano, que la obtención de la dignidad de Académico constituyó para Enrique una muy profunda satisfacción y la culminación de su andadura profesional, hasta el punto de compensarle de su decepción con la cátedra. Siempre procuró asistir a todas las sesiones, todo cuanto afectara a la Academia le interesaba, y aunque nunca ocupó cargo directivo alguno, desarrolló una actividad importante, utilizando sus múltiples contactos para proponer conferenciantes que nos ilustraron sobre interesantes aspectos, y cuyas presentaciones realizó con aquel estilo que le caracterizaba, destacando las virtudes que adornaban al interesado sin caer en el halago fácil ni el ditirambo. Aunque ya privado de la palabra hablada, intervino en varias sesiones necrológicas y pronunció las conferencias “La Psiquiatría en el siglo XX” y “Donizetti ¿presagio de la locura?” en colaboración conmigo (disfrutamos mucho preparándola), en donde, basándose en datos históricos, realizó un diagnóstico retrospectivo de la enfermedad que se llevó a la tumba al compositor de Bérgamo: parálisis general progresiva, como último estadio de una sífilis contraída en su juventud. Pero sobre todo hay que destacar lo que, para mí, constituye el más magistral compendio de los distintos aspectos del quehacer académico: Su discurso de inauguración del curso 2001, “Hamlet ¿Fingida locura o trastorno real?” (9). En él se adentró en los recovecos psicológicos del personaje shakespeariano y desarrolló un impecable razonamiento psiquiátrico hasta llegar a un diagnóstico: trastorno histriónico de la personalidad.

Su última intervención tuvo lugar el día 15 de Enero de 2008, apenas cuatro meses antes de morir, ocupándose del discurso de contestación en la toma de posesión como Académico del Dr. Barcia Mariño.

6) El melómano. ¿Qué decir de la pasión de Enrique por la Música? Asistente fiel a los conciertos de la, entonces, Orquesta Municipal en el Teatro Principal, después abonado al Palau de la Música, más tarde, cuando ya su salud empezaba a flaquear, al Palau de les Arts. De sí mismo escribió (10):

1º).- *Hice en el Colegio de San José mi bachillerato, y, además, cursé solfeo y piano.*

2º).- *Al terminar dichos estudios, dije en casa que quería ser músico y se armó la de San Quintín.*

3º).- *En vista de lo cual, decidí matricularme en Medicina.*

Su autor preferido era Mozart, y como es lógico, su intérprete favorita fue una insigne mozartiana española: Teresa Berganza, por quien sintió una auténtica devoción que culminó cuando pudo conocerla personalmente. Tuvo también un mito de juventud: La integral de las Sinfonías de Beethoven interpretadas por Ataúlfo Argenta en la Plaza Porticada de Santander. De su trascendental (o más bien trascendentalísima) estancia en esta ciudad fue también su relación personal con el famoso director Rafael Frühbeck de Burgos, entonces director de la banda militar. Otro intérprete con el que trabajó amistad fue el director de la Orquesta Municipal Lorenzo Martínez Palomo y recientemente el actual director de la Orquesta de Valencia Yaron Traub. Este último tuvo con él el gesto que el mismo Enrique nos relata (11):

A la cuarta, el bis. Se sienta al piano, se hace silencio, se vuelve al público y dice: “Mozart. Segundo movimiento de la sonata en do mayor. Se la dedico a un amigo que no tiene voz pero tiene un corazón muy grande.”

Me es imposible deciros lo que sentí, me faltan palabras. Sólo puedo deciros que lloré e hice un gran esfuerzo para concentrarme y escuchar ese maravilloso andante de esa sonata.

Este “brindis” hubiera sido muy normal en una plaza de toros (otra de sus grandes aficiones, en la que era una auténtica autoridad. Curiosamente, nunca le brindaron un toro). En una sala de conciertos es algo totalmente insólito. Estoy en condiciones de

asegurar que este hecho, ocurrido apenas un año antes de su fallecimiento, supuso para Enrique la última gran satisfacción, emoción y alegría. Así se lo manifesté al maestro Traub con motivo de la Misa funeral a la que ambos asistimos.

7) El amigo. He de decir que fue precisamente la pasión por la música, compartida por mí, lo que supuso el principio de nuestra amistad. De nuevo le cedo la palabra (12):

Esta amistad, antigua y fuerte, no nace en un laboratorio, en los pasillos de una facultad universitaria, en las salas de un hospital, en reuniones académicas. Tuvo su origen en el Teatro Principal de nuestra ciudad durante las lejanas, inolvidables y siempre añoradas temporadas de A.V.A.O. Dicho de otro modo, nos encontramos ambos y nos descubrimos mutuamente en tanto personas por y a través de la Música.

Recordemos ... a don Gregorio Marañón ... “Los que juntos sentimos el fervor de la ópera somos todavía como hermanos.”

Desde entonces fueron innumerables las veladas musicales compartidas en Valencia y en otras ciudades: Madrid, Barcelona, Londres, Milán, Lisboa...E inolvidables fueron las cenas post concierto, acompañados de nuestras esposas, en el restaurante de la entrañable Rosalía que le trataba con mucho cariño. Allí se sentía a gusto y, superando su limitación para el habla, desgranaba su opinión sobre lo que habíamos escuchado, y además hablábamos de todo lo divino y lo humano. En un aspecto musical diferíamos: a su devoción mozartiana se contraponía la mía por Verdi.

Es de destacar el altísimo concepto que Enrique tenía de la Amistad como sentimiento y vínculo humano. A la ya expuesta frase de Marañón puede añadirse la siguiente, tomada de su admirada Teresa Berganza (13), y que citó en el II Congreso Nacional de la Sociedad Española de Gerontopsiquiatría y Psicogeriatría:

El amor de amistad es el más grande amor que une a los hombres.

En una relación amistosa que se extendió a lo largo de más de treinta años, jamás tuvimos el menor roce. Siempre le tuve a mi lado cuando lo necesité, y a propuesta suya se produjo mi presentación en la Academia, con una conferencia que di en 1985, y que me valió el título de Académico Correspondiente.

8) El católico. Ya sé que este aspecto no está de moda, y comprendo la idea de los que dicen que debe pertenecer al ámbito privado. Enrique también la comprendía, pero no la compartía en absoluto. Por ello pienso que, si en aras a una supuesta “asepsia” omitiera este tema, estaría mutilando la personalidad de Enrique e incluso traicionando su memoria. Siempre fue y se declaró católico con lo que ello trae consigo, no sólo en cuanto a la exigencia del comportamiento individual, sino también en lo tocante al testimonio externo, sin ostentaciones inútiles, pero sí con la firmeza en las propias convicciones que da el tener una Fe razonada. En efecto, no era la suya “la Fe del carbonero”, sino que se sustentaba en una sólida formación filosófica que le permitía mantener las más arduas controversias dejando sin argumentos a sus oponentes en múltiples ocasiones. Sus posturas sobre cualquier asunto y sus opiniones sobre la cuestión que se planteara eran siempre rigurosamente personales, ajenas por completo a modas e influencias exteriores, pero perfectamente razonadas y apoyadas en criterios propios, y también, en modo extraordinario, en citas de autores que conocía al dedillo y retenía en la memoria de manera poco menos que increíble. A propósito de “Ciencia y cientifismo” (14) escribí:

A un notable científico, mucho me temo que sea también cientifista, se le hace, en una entrevista, una pregunta peliaguda: “¿Está legitimada la Iglesia para intervenir en cuestiones científicas?” He aquí la respuesta:

“Muchas veces ha estado interesada en la ciencia. En la Edad Media mantuvo la ciencia en los conventos.” Un escolástico diría: “Distingo”. Todo bautizado es Iglesia y muchos bautizados a lo largo de estos dos milenios no sólo se han interesado por la ciencia sino que han sido científicos eminentes, es decir, han intervenido e intervienen, legítimamente, en cuestiones científicas...Y por lo que atañe a que “en la Edad Media mantuvo la ciencia en los conventos”, si quiere decir con ello que gracias a las órdenes religiosas se mantuvo intacto el saber clásico de Grecia y Roma, estoy de acuerdo. Aún más. Creo que la Iglesia no fue ajena en la creación de Estudios Generales y Universidades prestigiosas. ¿O no fue así?

Evidentemente el párrafo citado, más que una disquisición filosófica, es un recordatorio histórico que, en el tema de que se trata, resulta igualmente adecuado.

9) El humanista. No descubro nada nuevo, pues lo sabéis todos los que le conocisteis, que Amat fue un lector infatigable y como consecuencia adquirió una amplísima cultura. Era un gran conocedor de la Historia, de la que podía hablar durante horas sin aburrir a sus interlocutores, dada la gran cantidad de episodios que conocía, aparentemente intrascendentes pero que, en ocasiones, tuvieron una influencia cierta en el devenir histórico. De sí mismo (15) escribió:

Tampoco he tenido la jactancia de considerarme, de modo directo o sutil, una persona culta; aquí mi imprecación a los Cielos sería más recia que sólo ser por ellos confundido. Por lo que atañe a la condición humanista, hace apenas un año escuché, de labios autorizados y presidenciales, en la IX Reunión de nuestra Asociación, que “los Médicos Escritores no somos sino aprendices de humanistas”. No cayó en saco roto la justa advertencia. Ni humanista, ni culto ni viajero, a lo sumo modesto novicio de todo ello.

Este “modesto novicio”, según su humilde autodefinición, era, asimismo un gran conocedor de la Literatura. Antes mencioné su “Hamlet” como un compendio de los diversos aspectos del quehacer académico. En efecto, su formación médica apareció indudablemente en el diagnóstico a que llegó, pero tal diagnóstico no hubiera sido posible sin un profundo conocimiento, no sólo del personaje, sino también de su entorno y de las circunstancias sociales del tiempo en que se desarrolla la acción. Es decir, al saber médico tuvo que unir las culturas literaria e histórica.

10) El escritor. Amat sintió desde muy joven el gusanillo de la creación literaria, y a ella dedicó una buena parte de su actividad, o más bien de su descanso, pues me consta que, para él, escribir era un placer. De todos los amigos que he tenido en mi vida es el único que, viviendo en la misma ciudad y viéndonos con frecuencia, me ha escrito cartas con regularidad aproximadamente semanal. Como he dicho al principio, las conservo todas y debo añadir que era un auténtico maestro del estilo epistolar, como comentamos alguna vez con el inolvidable Vicente Tormo a propósito de una que le dirigió. Sus cartas podían versar sobre los aspectos más diversos, como son asuntos de actualidad, reseña de un concierto, comentarios sobre una sesión o sobre alguna situación particular de la Academia, a las que era especialmente sensible.

Perteneció a la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas (ASEMEYA) en donde, en defensa de Lucrezia Borgia (uno de sus temas preferidos) y dirigiéndose a ella, escribió (15):

Perdonad, como sin duda lo habéis hecho, a quienes os mancillaron con calumnias e injurias; otorgad vuestra indulgencia a aquellos que, por ignorancia, las propalan; sentid piedad hacia quienes, a causa de su estupidez, comodidad o cobardía, no esgrimen argumentos, armas de las más certeras, que os defiendan. Aborrezco a los primeros más no quisiera, mi señora, contarme entre estos últimos...!

El párrafo citado no es más que una muestra de aquel estilo suyo, inconfundible, elegante, pero claro y directo, y aquellas frases encadenadas que hacían, a veces, difícil su lectura en voz alta. Sabéis perfectamente que quien os habla tiene amplia experiencia en la lectura pública de sus escritos, pues desde que perdió la voz me convertí en su lector oficial en la Academia.

11) El humorista. Quizá pueda extrañar a algunos que traiga a colación esta faceta. En efecto, es esta una de las más desconocidas de la personalidad de Enrique, prototipo en muchos aspectos de la persona “seria”. Sin embargo, los que le conocimos de cerca tuvimos ocasión de comprobar su increíble facilidad para imitar gestos y actitudes de otras personas (por ejemplo, los saludos del que fue director de la Orquesta de Valencia Miguel Ángel Gómez Martínez), sin ridiculizarlas pero dando el matiz exacto. A veces realizaba la imitación en presencia del interesado sin que éste lo advirtiera. Hasta tal punto era respetuoso que, con motivo de la celebración del fin de la carrera, hizo una imitación de varios profesores en presencia de éstos sin que nadie se molestara. Sus compañeros de carrera pueden dar fe.

En cualquier momento podía sorprendernos con narraciones que él salpicaba con chispazos de su fino humor. Como muestra (16):

Isabel le dijo a su marido: “Fernando, vamos a conquistar Granada”, a lo que el Católico respondió: “Sí, cariño”.

En cuanto a sus cartas, las que me dirigía siempre tenían un componente humorístico muy importante, bastante subido de tono muchas veces. Recordaré que Ángela, mi esposa, le dijo en una ocasión que, sin saber por qué, la palabra “paraninfo” le daba la sensación de que tenía componentes eróticos (hay que ver qué complicadas son las mujeres). Respondió con un escrito de los suyos en el que, después de extenderse en consideraciones etimológicas a las que era muy aficionado, dice (17):

Estoy seguro de que la Ministra de Cultura no se sabe todo esto que José Luis denominará “una empollación”. Es que yo también, desde pequeñito fui muy listo y analizo las cosas con “rigor intelectual”. Concluyo: dada la etimología de la palabra y su evolución histórica, no anda desencaminada Ángela cuando dice que “paraninfo” lo asocia con algo cercano a lo que poseen las ninfas y es apetecido por los faunos.

12) El hombre. Quizá debía haber empezado subrayando las cualidades puramente humanas de Enrique. Sin embargo, he preferido dejarlo para el final con la intención de destacar un hecho: A propósito he numerado los caracteres que su personalidad tenía vistos desde la óptica del amigo, y he ido “cantando” los números. Son, con este, doce los aspectos señalados, lo cual puede dar una idea aproximada de hasta qué punto su personalidad era rica y poliédrica. Aún así, el retrato no está completo: De todos es conocida la operación que padeció, como consecuencia de la cual quedó privado de la voz. Debo decir, llegado a este punto, que la conversación de Enrique era una auténtica fuente de placer para sus interlocutores por la amenidad con que se producía. En conferencias y manifestaciones orales de todo tipo, su brillantez y capacidad de comunicación eran proverbiales. Es fácil comprender que la pérdida de esta capacidad fue para él algo muy duro que resumía, con su particularísima forma de ver las cosas, en los versos (ignoro si originales o “prestados”) (18):

*Señor de tan gran Bondad,
que tan callado me tienes,
será porque me conviene
¡Hágase tu Voluntad!*

Me apresuraré a decir que esta es una versión censurada. En la original, en lugar de la palabra “callado” figuraba otra, mucho más rotunda e infinitamente más expresiva, pero

impropia para una Tribuna Académica. Creo que estos versos resumen algunos aspectos ya mencionados anteriormente: Su conformidad con la Voluntad Divina, plasmada en el último verso, va acompañada de cierta protesta, expresada con la confianza de quien se dirige a un Amigo, y de un humor no exento de ironía.

Tratándose de Enrique sería imperdonable soslayar el que, quizá, sea el aspecto más relevante de su personalidad: el de esposo y padre. Era conmovedor oírle hablar de cómo Conchita, aquella estudiante de enfermera, se le había metido dentro, de sus primeros galanteos y de lo feliz que se sintió cuando pudo llamarla su novia. Estos recuerdos de juventud, con los que literalmente “se les caía la baba” a ambos (sí, a ti también, Conchita, no disimules) dieron paso a más de cincuenta años de convivencia, en los que Conchita se convirtió en la compañera inseparable (era imposible imaginarse a uno sin el otro) que puso en la vida de Enrique el contrapunto de serenidad y equilibrio necesarios. Ya sé que es un tópico la frase que dice: “Detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer”. También hay otra frase que dice “Pocas cosas son tan ciertas como los tópicos”. En este caso el tópico se cumple, pues indudablemente Conchita es la gran mujer que Enrique mereció, pero nunca estuvo detrás de él, sino a su lado, aportando muchas veces la sensatez que el impetuoso e idealista carácter del marido necesitaba. Y naturalmente no quedaron sólo en esto sus aportaciones, sino que, en estrechísima colaboración con él, produjo cuatro espléndidos hijos: Carlota, Quique, Marta y Alejandro. Los tres mayores, casados, han asegurado la descendencia, con ocho nietos. El cuarto, Alejandro, se ha ocupado de clasificar los escritos de su padre, y a él debo muchos datos que han sido fundamentales a la hora de escribir esta memoria. Los cuatro, ejemplares por el amor que siempre mostraron a sus padres, y por la dedicación y abnegación que desplegaron en los últimos momentos.

Enrique Amat Aguirre nos dejó el pasado 7 de mayo. De él nos queda su obra, plasmada en sus escritos, su ejemplo, y sobre todo, su recuerdo, su inmarcesible e imborrable recuerdo.

Descanse en paz.

Fuentes consultadas

1. Enrique Amat Aguirre. Intervención en la sesión necrológica en memoria del Profesor Barcia Goyanes. Real Academia de Medicina de la Comunidad Valenciana. 2003.
2. Enrique Amat Aguirre. Cordura y Psiquiatría. Real Academia de Medicina de la Comunidad Valenciana. Discurso de ingreso. 1980.
3. Román Alberca. Real Academia de Medicina de Murcia. Discurso de Ingreso. 1951.
4. Enrique Amat Aguirre. Conferencia dedicada a la Psiquiatría dentro del Ciclo “La Medicina a final del siglo XX”. Real Academia de Medicina de la Comunidad Valenciana. 1998.
5. María Ángeles González Gudino. Comunicación personal.
6. Alfonso Grau Alonso. Comunicación personal.
7. Carmelo Romero de Ávila y Ávalos. Comunicación personal.
8. Manuel Cabaleiro Goás. Introducción al cursillo sobre “Gerontopsiquiatría” dictado por el Dr Amat Aguirre en el Centro Profesional de Psiquiatría del Sanatorio Psiquiátrico de Toén-Orense. Junio 1972.
9. Enrique Amat Aguirre. Hamlet: ¿Fingida locura o trastorno real? Real Academia de Medicina de la Comunidad Valenciana. Discurso de inauguración del Curso 2001.

10. Enrique Amat Aguirre. Carta fechada el 30 de Octubre de 2005.
11. Enrique Amat Aguirre. Carta fechada el 11 de Mayo de 2007.
12. Enrique Amat Aguirre, José Luis Moreno Frigols. Donizetti ¿Presagio de la locura? Real Academia de Medicina de la Comunidad Valenciana. Conferencia. 2000.
13. Teresa Berganza. Flor de soledad y silencio.
14. Enrique Amat Aguirre. Artículo enviado a la revista "Paraula" de la Archidiócesis de Valencia
15. Enrique Amat Aguirre. Madonna Lucrezia. Asociación Española de médicos Escritores y Artistas, 1993.
16. Enrique Amat Aguirre. Comunicación personal.
17. Enrique Amat Aguirre. Paraninfo. 2001.
18. Enrique Amat Aguirre. Comunicación personal.